

Martes

33^a semana del
Tiempo ordinario

LECTIO

Primera lectura: 2 Macabeos 6,18-31

En aquellos días, ¹⁸ a Eleazar, uno de los principales maestros de la Ley, de avanzada edad y aspecto venerable, querían obligarle a comer carne de cerdo, abriéndole a la fuerza la boca. ¹⁹ Pero él prefirió una muerte gloriosa a una vida infame: escupió la carne y afrontó voluntariamente el suplicio, ²⁰ como deben hacer, aún jugándose la vida, los que tienen el valor de rechazar los alimentos prohibidos. ²¹ Los que presidían el impío banquete, llevados por la antigua amistad que tenían con él, lo llevaron aparte y le rogaron que trajera manjares permitidos, preparados por él mismo, para simular que había comido de los manjares de los sacrificios, como mandaba el rey. ²² Haciendo esto, se libraría de la muerte. Le hacían este favor por la antigua amistad que tenían con él. ²³ Pero él tomó una noble determinación, digna de su edad y de su venerable ancianidad, de sus canas y de su conducta ejemplar desde la infancia y, sobre todo, de las leyes santas establecidas por Dios. Respondió que prefería que lo enviasen pronto al lugar de los muertos. ²⁴ Y añadió:

–Es indigno de mi edad simular y fingir, ya que los jóvenes podrían decir que Eleazar, a sus noventa años, se había pasado al paganismo; ²⁵ serían inducidos a error a causa de mi mal ejemplo, y todo por un poco de vida que me queda. Esto me

acarrearía vergüenza y oprobio en mi vejez. ²⁶ Pues, aunque pudiera escapar de las manos de los hombres, ni vivo ni muerto escaparía de las manos del Dios Omnipotente. ²⁷ Por tanto, moriré valientemente y me mostraré digno de mi ancianidad, ²⁸ dejando a los jóvenes un ejemplo noble para morir voluntaria y generosamente por nuestras venerables y santas leyes.

Dicho esto, se dirigió prontamente al suplicio. ²⁹ Los que lo conducían cambiaron su benevolencia por odio, considerando insensatas las palabras que acababa de pronunciar. ³⁰ A punto de morir por los golpes que le daban, les decía entre gemidos:

–El Señor, que todo lo sabe, es testigo de que, habiendo podido librarme de la muerte, estoy sufriendo en mi cuerpo los atroces tormentos de la flagelación, pero todo esto lo sufro con gusto por su santo temor.

³¹ Eleazar murió, dejando no sólo a los jóvenes sino a todos sus compatriotas un ejemplo de nobleza, un monumento de valentía y un recuerdo de virtud.

➔ El segundo libro de los Macabeos cuenta, de una manera absolutamente independiente del primero, la insurrección de Judas Macabeo contra Antíoco IV, con diferentes episodios de heroísmo y martirio.

El fragmento que vamos a examinar presenta al personaje ejemplar de Eleazar, un anciano irrepreensible, que hace frente con serenidad al martirio antes que transgredir las normas alimentarias. Eleazar no se preocupa de su propia salvación, no es víctima de una religiosidad formal y rígida, de un legalismo excesivo: cuando se le propone fingir para salvar su propia vida, sin comer las carnes prohibidas, se niega, por temor a que su ficción pueda constituir un mal ejemplo para los israelitas jóvenes.

El relato se abre con la noble figura del anciano, que opone un firme rechazo a las imposiciones del rey pagano. Viene, a continuación, la propuesta de los perseguidores, encargados de hacerle comer las carnes de los sacrificios: le sugieren alimentarse de carnes puras, fingiendo comer las prohibidas. Pero ese comportamiento

habría parecido una traición a los judíos, y eso es lo que Eleazar no puede permitir: se insiste aquí en la figura del anciano y en la conducta irreprochable seguida por él durante toda la vida (*cf.* v. 23). El discurso de Eleazar (vv. 24-28) es límpido: los jóvenes creerían que se ha pasado a los ídolos, y este ejemplo negativo pesaría sobre su conciencia como una traición. Por consiguiente, prefiriera afrontar la muerte.

Las últimas palabras del mártir contraponen el dolor físico a la alegría del corazón (v. 30). El versículo final (v. 31) se une al primero (18) para proponer a Eleazar como ejemplo para todo el mundo.

Evangelio: Lucas 19,1-10

En aquel tiempo, ¹ Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. ² Había en ella un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, ³ que quería conocer a Jesús. Pero, como era bajo de estatura, no podía verlo a causa del gentío. ⁴ Así que echó a correr hacia adelante y se subió a una higuera para verlo, porque iba a pasar por allí. ⁵ Cuando Jesús llegó a aquel lugar, levantó los ojos y le dijo:

–Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.

⁶ Él bajó a toda prisa y lo recibió muy contento. ⁷ Al ver esto, todos murmuraban y decían:

–Se ha alojado en casa de un pecador.

⁸ Pero Zaqueo se puso en pie ante el Señor y le dijo:

–Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y, si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más.

⁹ Jesús le dijo:

–Hoy ha llegado la salvación a esta casa, pues también éste es hijo de Abrahán. ¹⁰ Pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

➔ El episodio de Zaqueo está casi calcado del precedente (el ciego de Jericó). También aquí se ve interrump-

pido un movimiento de Jesús (que *atravesaba* la ciudad) por la iniciativa de un hombre. Esta vez no se trata de un mendigo, sino de un rico publicano; sin embargo, es también un marginado (los publicanos eran despreciados), golpeado asimismo por una inferioridad física (era pequeño de estatura) y, sobre todo, necesitado también de redención. Zaqueo pasa de una curiosidad inicial (*ver* quién era Jesús: v. 3) a un movimiento (*se subió* a una higuera: v. 4), a la acción febril y alegre con la que *recibió* a Jesús en su casa (v. 6) y, por último, a la conversión y al cambio de vida (v. 8).

Jesús *se detiene*, pero en esta ocasión, en vez de una pregunta, dirige a Zaqueo una orden: «Zaqueo, *baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa*» (v. 5). Zaqueo no pide ningún milagro, exteriormente no parece que se encuentre en ninguna necesidad; sin embargo, Jesús responde a su petición implícita, porque la atención y la premura con las que obra muestran ya el comienzo de la fe. La muchedumbre, con la murmuración en contra de Jesús (v. 7), sirve también aquí de contrapunto, pero no reacciona a la conversión de Zaqueo.

También este episodio valora la iniciativa humana: el deseo de Zaqueo es algo más que una simple curiosidad: le impulsa a realizar un gesto impropio de un hombre conocido. El poder de Jesús se expresa con su simple presencia y con la palabra: llama a Zaqueo por su nombre (v. 5), y esto basta para suscitar en él la alegría (v. 6), el arrepentimiento y la reparación (v. 8); en pocas palabras, la vida nueva. Con Jesús ha entrado la *salvación* en casa de Zaqueo, y el mismo Jesús da testimonio de ello.

MEDITATIO

«*Hoy ha llegado la salvación a esta casa*»: el don de la gracia se muestra sobreabundante, mayor de lo que Zaqueo se habría atrevido a esperar. Sin embargo, el movi-

miento sincero de su corazón, el deseo de «*ver a Jesús*», tal vez haya sido el resorte que impulsó a Jesús a salir a su encuentro.

En la liturgia de hoy aparecen dos figuras muy diferentes. El anciano Eleazar, que había llevado una larga vida irreprochable a la sombra de la Ley, parece que no tiene nada en común con el pequeño funcionario de los impuestos, sometido al extranjero y avezado en las componendas y en los fraudes. Sin embargo, les une el coraje necesario para tomar una decisión importante: la de poner toda su vida y su propia muerte bajo el juicio de la Palabra de Dios. Eleazar podría salvar tanto su propia fidelidad a la Ley como su propia vida: ¿qué importa fingir que se venera a los ídolos, si los ídolos no son nada? Zaqueo podría seguir con su oficio, despreciado pero rentable: ¿qué le importaban a él las discusiones entre los *rabinos* del judaísmo? Sin embargo, Eleazar sabe que un solo gesto hipócrita, una sola debilidad, anularía años de fidelidad; sabe que prolongar su vida a costa de su propia conciencia significaría condenarse a una muerte peor que la del suplicio. A Zaqueo le basta con cruzar su mirada con la de Jesús —él, pequeño, mira desde arriba, desde la higuera; el Maestro levanta los ojos para encontrar los suyos— para comprender al momento que todo el dinero que ha ganado no vale lo que una sola hora con Jesús en su casa.

ORATIO

Cuántas veces, Señor, me diriges tu mirada y yo no me doy cuenta. Me lamento y protesto porque no escuchas mis oraciones; sin embargo, soy yo el incapaz de levantarme por encima de mi pequeña estatura para intentar verte.

Señor, concédeme la sencillez de corazón de Zaqueo y la firmeza de Eleazar. Pierdo mi vida corriendo detrás

de muchas cosas que me distraen, presto oído a las li-sonjas del mundo y a las murmuraciones de los holgazanes, tengo miedo de exponerme al juicio de la gente...

Señor, hazme comprender lo que quieres de mí, qué es lo verdaderamente importante. Hazme comprender que la vida tiene sentido y nos da alegría sólo si correspondemos a tu voluntad.

CONTEMPLATIO

Reconoce a Cristo: él está lleno de gracia. Quiere verter en ti todo aquello de lo que él está lleno. Te dice esto: busca mis dones, olvida tus méritos, porque si yo buscara tus méritos, no alcanzarías mis dones. No te exaltes; sé pequeño, sé Zaqueo.

Pero dirás: Si he de ser Zaqueo, no podré ver a Jesús a causa de la muchedumbre. No te pongas triste, sube al árbol donde por ti pendía Jesús y le verás. Ahora mira a mi Zaqueo, obsérvale, te lo ruego, mientras quiere ver a Jesús en medio de la muchedumbre y no puede. Zaqueo era humilde, la muchedumbre era soberbia. La muchedumbre hace que no se vea a Jesús, sirve de obstáculo para que no se vea a aquel que, crucificado, dice: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*» (Lc 23,34). En efecto, a causa de la cruz de Cristo, los sabios de este mundo nos insultan y dicen: «¿Qué sabiduría tenéis vosotros, que adoráis a un Dios crucificado?». ¿Qué sabiduría tenemos? A buen seguro, no es la vuestra. La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios. No tenemos en verdad vuestra sabiduría, pero vosotros decís que nuestra sabiduría es necedad. Decid también lo que queréis; nosotros podemos subir a la higuera y ver a Jesús. Que se aferre Zaqueo a la higuera, que suba humilde a la cruz.

Y el Señor vio precisamente a Zaqueo. Fue visto y vio, pero si no hubiera sido visto, no habría visto. «*Y a los que desde el principio destinó, también los llamó*» (Rom 8,30)

[...]. Hemos sido vistos para que podamos ver; hemos sido amados para que podamos amar. Ahora, pues, el Señor, que había acogido a Zaqueo en el corazón, se ha dignado ser hospedado en su casa. Dice Zaqueo a Cristo: «Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y si engañé a alguno, le devolveré cuatro veces más». Como si dijera: «Por eso me quedo una mitad no como posesión, sino para tener de qué dar». Eso es en realidad lo que significa recibir a Cristo, acogerle en el corazón (Agustín de Hipona, *Sermón 134, 3-5, passim*).

ACTIO

Repite con frecuencia y vive hoy la Palabra:

«*El Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido*» (Lc 19,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En el camino de Jericó hay mucha gente, pero sólo emerge uno, aunque «pequeño de estatura». Como Zaqueo, somos siempre demasiado «pequeños», aunque nos creamos «alguien», y, como él, demasiado impedidos por una muchedumbre, que es nuestro mundo, del que tomamos los juicios y opiniones. No son muchos los que están desprendidos de su propia «suficiencia» y del modo común de pensar de su propio ambiente, de suerte que podamos enumerarlos entre los hombres libres y, por consiguiente, entre los dispuestos a aceptar cualquier invitación de la verdad. Eso es lo que vemos hacer a Zaqueo. Éste, sin importarle poco o nada el nombre, el censo o el cargo, desafía el ridículo para ver a Jesús, subiendo, con la espontaneidad y la humildad de un niño, a una higuera, y de este modo reconquista esa inestimable libertad por la que puede ser él mismo también frente a Jesús.

Los hombres sencillos permanecen siempre libres y, como los niños, que participan de algún modo en el poder liberador del

Hijo de Dios, que es la sencillez, nos ayudan a encontrar nuestra libertad. Zaqueo no se siente a disgusto en ese lugar en el que está acurrucado, no le inquieta la muchedumbre, que, a medida que Jesús se acerca, se hace cada vez más numerosa. Ni siquiera lleva cuidado. Se ha vuelto niño («*Dejad que los niños se acerquen a mí*»), y casi le vendrían ganas de cantar si el Señor no viniera ya por el camino, por aquel camino. La libertad es el aire de la caridad. «*Eché a correr hacia adelante y se subió a una higuera para verlo*». «Correr» y «subir» son dos modalidades de la búsqueda. Existe el riesgo de la aventura y el riesgo de ser echados fuera, lo que nos hace pensar en el riesgo del grano de trigo que debe podrirse si quiere germinar... El riesgo es, por consiguiente, una palabra cristiana. Arriesga quien «*tiene hambre y sed de justicia y de verdad*».

He sido creado para «ver a Dios». Zaqueo sube a la higuera para «ver a Jesús». Uno lo ve fuera, si lo ha visto dentro, y entonces, lo ve en todas partes: en cada criatura, en cada hombre (P. Mazzolari, *Zaccheo*, Vicenza 1960, pp. 19-26, *passim*).